

Comentario al evangelio del domingo, 7 de julio de 2019

La alegría de la Buena Nueva

A veces nuestro mundo está teñido de una cierta melancolía. Hoy se nos hace más verdad que nunca aquello de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Nos espera un futuro más contaminado, más problemático, más conflictivo. El cambio climático, el agotamiento de los recursos naturales, la superpoblación, las guerras y los choques entre las diferentes culturas, todos son problemas que captan nuestra atención y nos obligan, de alguna manera, a ser pesimistas. ¿Cómo es posible alegrarse en un mundo como éste? Por si fuera poco, los problemas personales también están ahí. ¿Quién está libre de algún tipo de conflicto en su familia? ¿Quién no siente el peligro de la enfermedad y la muerte como una espada de Damocles oscilando amenazante sobre su cabeza?



En contraste con esta realidad que, a veces, nos puede resultar asfixiante, las lecturas de hoy nos hablan de la alegría que provoca el ser portadores o receptores de la Buena Nueva de la salvación. No hay que pensar que el mundo estaba mucho mejor

en los tiempos de Jesús. Quizá la contaminación era menor pero otros problemas, que hoy están relativamente resueltos, eran entonces mucho más graves y acuciantes. La miseria, por ejemplo, era rampante en la mayor parte de la población. En aquel contexto es en el que Jesús envía a los setenta y dos discípulos, de dos en dos, a predicar la Buena Nueva, a desear a todos la paz, a estar cerca de los enfermos y necesitados y a anunciar que el Reino de Dios estaba cerca.

Es un mensaje sencillo para los sencillos. Es un mensaje que es causa de alegría para los que lo transmiten y para los que lo reciben. Como se ve en la primera lectura en la que el profeta Isaías exhorta a los que le escuchan a alegrarse porque el consuelo de Dios está con ellos y la paz y la vida.

Hoy somos nosotros, en primer lugar, los receptores de ese mensaje. Más allá de los desastres que hayamos podido causar en nuestro mundo, Dios nos sigue ofreciendo la vida y la paz. “El Reino de Dios está cerca” y su palabra nos sigue deseando la paz. Como se lee en el Evangelio, en nosotros está la opción de acoger esa paz que nos viene de Dios o de rechazarla. Pero incluso en el caso de que la rechazemos, hemos de saber que de todas maneras el reino de Dios está viniendo.

Pero también somos los transmisores del mensaje. Es el tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos. Por eso nos gloriamos en Jesús y hacemos de él el centro de nuestra vida. Y, con nuestra propia vida, anunciamos la paz y la confianza en que Dios es capaz de recrear la vida allá donde nosotros no hemos creado más que muerte.

Para la reflexión

¿He contribuido alguna vez con mis palabras o acciones a crear muerte a mi alrededor? ¿No debería ser mejor portador de la paz? ¿Cómo debería actuar para serlo? ¿En qué debería cambiar para, con mi vida, anunciar la buena nueva del Reino a todos?

Fernando Torres cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org